



Los
Hombres-lobo

Las leyendas y relatos que existen sobre los hombres-lobo se remontan hasta la Antigüedad clásica y cuentan en Europa con una larga tradición, que recoge historias tanto de hombres que siendo mordidos por lobos se transforman en éstos, como de niños que criados por lobos apartados de cualquier relación humana se comportan como tales, o casos de hombres cuyo profundo contacto con la naturaleza los ha llevado a una manifestación de su ser más primitivo o animal. Será el gusto romántico por este tipo de leyendas el que lleve a muchos autores a recoger esta tradición y a reelaborarla, acentuando en la mayoría de los casos los aspectos sobrenaturales y conectándola más directamente con el mundo de lo oculto y lo monstruoso. Esta antología abarca desde los primeros relatos góticos que se conservan —los ya clásicos *The White Wolf of the Hartz Mountains* de F. Marryat, y *Hughes, the Wer-Wolf* de S. Menzies, nunca publicado en lengua castellana— hasta notables y novedosas versiones más recientes, igualmente inéditas entre nosotros, como *The Camp of the Dog* de A. Blackwood, *The Kill* de P. Fleming, *Taboo* de G. Household o *Le gâloup* de C. Seignolle.

«Decir que ha despertado la bestia en un hombre no es siempre una metáfora».

«... Por fin, esta noche, en este bosque, siento revivir el humus. A través de sus poros, las raíces exhalan un exceso de savia nueva. Este olor negro que va ligado al frío: el uno me raspa el vientre por dentro, el otro me lo ara por fuera como una reja de múltiples uñas.

»Pero ni la negrura ni el frío me sacian. Para avivar el odio y el dolor necesito ir a pastos mejores; porque la noche, mi terreno de vida, está también hambrienta de otros odios y otros dolores».

«Imagina su horror cuando descubrió (desprevenido como

estaba para una visión así), al avanzar hacia la sepultura, no un lobo, sino a su mujer, en camisón y a cuatro patas, inclinada sobre el cuerpo de mi hermana, y arrancando grandes jirones de carne y devorándolos con la avidez de un lobo».

LA FIERA EMERGENTE

Werewolf in selvage I saw
In day's dawn changing his shape,
Amid leaves he lay
and in his face, sleeping, such pain
I fled agape.

EZRA POUND

EL botánico inglés Wilfred Glendon es atacado y mordido por una extraña criatura peluda mientras busca la *Marifasa Lupina*, una flor exótica que sólo florece a medianoche en las heladas estepas del Tíbet. A su regreso a Londres, descubre con estupor que las noches de luna llena se convierte en una fiera ávida de sangre. Un enigmático oriental llamado Yogami, que se presenta inopinadamente en su laboratorio, le explica su caso: su agresor era un hombre-lobo y la víctima de tales seres, si sobrevive a su ataque, se convierte a su vez en hombre-lobo. Asimismo le informa de que la *Marifasa* es el único antídoto contra dicho mal. El científico trata entonces por todos los medios de reproducir la extraña flor en su invernadero, pero se da cuenta de que alguien más está interesado en ella. Se trata de otro licántropo, precisamente su informador, que le disputará la posesión de tan preciado tesoro. Ése es en esencia el argumento de *El lobo humano* (1935), la primera incursión de Hollywood en la mitología de ese ser patético aunque agresivo, emparentado con el vampiro por sus hábitos nocturnos y sangrientos. Al igual que hiciera con el chupador de sangre, el cine se encargaba así de popularizar en

pleno siglo XX una leyenda cuyo origen se remonta a la antigüedad más remota.

La creencia en las transformaciones de hombres y mujeres en animales se pierde, en efecto, en la noche de los tiempos. El Antiguo Testamento^[1] menciona la extraña metamorfosis que experimentó el rey de Babilonia Nabucodonosor como consecuencia de una maldición divina: expulsado de entre los hombres, los cabellos le crecieron como plumas de águila y las uñas como garras de ave, le brotó pelo de animal y sólo comía hierba como los bueyes (véase la célebre representación que hizo de él William Blake andando a cuatro patas). Y en la Grecia clásica eran muy corrientes las metamorfosis (no sólo de hombres sino también de dioses) en animales de todas las especies: aves sobre todo, pero también reptiles o anfibios (serpiente o rana) e insectos (abeja u hormiga), aparte de mamíferos domésticos (cerdo, vaca, caballo, oveja, perro) o salvajes (jabalí, lince, toro, oso). Bien conocido es el caso de los amigos de Ulises que Circe convierte en cerdos y otros animales diversos, según la tendencia profunda del carácter y la naturaleza de cada uno^[2], o la transformación de Lucio en asno por error (se equivoca de ungüento cuando lo que pretendía era volar) que cuenta Apuleyo en *El asno de oro*.

Herodoto^[3] menciona las transformaciones en lobos de los neuros, habitantes de una región de Escocia, una vez al año y sólo durante unos días. Plinio el Viejo^[4] recoge una cita de Scopas, biógrafo de los atletas olímpicos, acerca de los sacrificios humanos celebrados en Arcadia en honor de Zeus Licio: los asistentes «comulgaban» devorando las entrañas de las víctimas y se transformaban en lobo, conservando esa forma durante ocho años si en todo ese tiempo no comían carne humana. En relación con esta misma práctica, la mitología griega refiere que el propio padre de los dioses convirtió en lobo a Licaón, el héroe arcadio hijo de Pelasgo, por sacrificar a un niño y servírselo en un banquete.

te para poner a prueba su divinidad^[5]. De este mismo Licón, cuya «vestidura en pelos se convierte, y los brazos en piernas» según Ovidio^[6], procede la palabra *licantropía*. Pero no fue el único caso del que ha quedado constancia. Virgilio menciona asimismo al hechicero Meris, que se convertía en lobo mediante las «hierbas y venenos cogidos en el Ponto»^[7].

Por su parte los romanos utilizaron el término *versipellis* (piel vuelta: se suponía que el pelo les crecía hacia dentro), conservándose algunas descripciones de ellos, como la que Petronio incluye en su *Satiricón*^[8], relatada en el célebre banquete de Trimalción por un viejo amigo del anfitrión, el liberto Niceros. En ella aparecen por vez primera algunas de las características que posteriormente definirán al hombre-lobo: despojamiento completo de la ropa antes de la transformación, plenilunio, ferocidad y ataques al ganado, y magia simpática (si el supuesto animal recibe una herida, ésta persiste cuando recupera su forma humana, como comprueba el atemorizado esclavo, confirmando así que su joven amigo soldado, a quien había visto convertirse en lobo la noche anterior, se trataba de la misma fiera que irrumpió en el corral de su amante y fue herida en la frente).

De lo extendido de estas creencias dan fe los numerosos nombres técnicos acuñados para designar las diferentes transformaciones: *boantropía* (en buey o toro), *lepanthropía* (en liebre), *cinantropía* (en perro), *aelurontropía* (en gato), etc. Las tres últimas fueron bastante comunes dentro de la brujería, y durante la temible caza de brujas prácticamente nadie puso en duda la veracidad de estas metamorfosis, en las que creyeron a pies juntillas desde san Agustín, Avicena o Tomás de Aquino hasta Cornelio Agripa, Sprenger o Jean Bodin, entre otros. Un ejemplo curioso de sincretismo lo constituye el *galipote* o *ganipote*, mítico animal nocturno que, según el folklore de ciertas regiones francesas como la Gironda o el Poitou, aterrorizaba a los viajeros extraviados,

adoptando diferentes formas según la ocasión: cabra, gato, perro, cuervo, gallo, etc. Es el antecedente más cercano de nuestro hombre-lobo.

¿Por qué acabó el lobo imponiéndose como el paradigma de estas mutaciones fantásticas? Hay que deslindar la enorme carga simbólica del lobo entre numerosos pueblos antiguos, de su elección en gran parte de Europa como vehículo ideal de estas transformaciones, que tal vez fueran una respuesta emocional y mágica a la oleada de crímenes y salvajes violaciones que asoló el continente sobre todo en el siglo XVI. La simbología del lobo es dual. Por un lado, símbolo solar, héroe guerrero y antepasado mítico: el lobo azul celeste creador de las dinastías china y mongol, la loba capitalina que amamantó a Rómulo y Remo, el lobo totémico de los ilergetes, el lobo-insignia de los cántabros, etc. Por el otro, símbolo tanatológico y divinidad infernal: el dios-lobo psicopompo Apuat de los egipcios; el Apolo Licógenes de los griegos; los lobos nórdicos Eskol, Fénrir y Hati; la loba Gweil-gi de los celtas; etc.

En este segundo grupo habría que incluir al lobo devorador de la iconografía cristiana representado en tantos capiteles románicos y góticos, pues en él está el origen de la lupomanía que se extendió por Europa occidental y meridional dando lugar al mito del hombre-lobo. No es casual que se trate de este animal, ya que es el más abundante predador de ganado en toda la cuenca mediterránea, calificado ya en el Antiguo Testamento de «criatura abominable y sanguinaria», como correspondía al enemigo natural de una comunidad eminentemente pastoril. En otros países y continentes la mítica bestia *carnassier* estuvo representada por otros animales que, como el lobo en Europa, no sólo eran bastante comunes, sino que sus habitantes los temían porque atacaban a sus animales domésticos e incluso a ellos mismos. Así por ejemplo, en los países escandinavos, Rusia o Canadá era el oso^[9]; en América del Norte, el coyote

te o el búfalo; en Centro y Sudamérica, el jaguar o el puma; en la India y Asia en general, el tigre; en Japón, el zorro; en partes de África, la pantera negra o leopardo; en Sudán, la hiena; etc.

En cualquier caso, se trataba de una forma de bestialismo en la que el hombre conectaba con su fiera interior y daba rienda suelta a sus instintos más primarios. Los médicos renacentistas, siguiendo a los griegos y anticipándose a la moderna psiquiatría, interpretaron el fenómeno como un periódico estado patológico de alienación transitoria en el que ciertas tendencias lobunas se adueñaban de la mente, desquiciándola. Era la llamada por Jean de Wier *melancholic* o *folie louvière*, que Cervantes describe en *Los trabajos de Persiles y Segismunda* por boca del astrólogo Mauricio: «hay una enfermedad, a quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad que, al que la padece, le parece que se ha convertido en lobo, y aúlla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y los montes, ladrando ya como perros, o ya aullando como lobos; despedazan los árboles, matan a quien encuentran, y comen carne cruda de los muertos»^[10]. Todavía en el siglo XVIII el naturalista y botánico sueco Linné incluyó en su célebre *Sistema de la naturaleza* (1735) al denominado *homo ferus*, del que aseguraba que se ponía a cuatro patas, le crecía el pelo como a los animales y aullaba como un lobo. Parece, no obstante, que este hombre-fiera más que al hombre-lobo hay que vincularlo a los llamados niños bravios o selváticos, que abandonados a temprana edad en la selva eran recogidos y adoptados por algún animal a quien acababan por parecerse tanto en formas de vida y costumbres como en aspecto físico^[11].

Lo cierto es que hasta bien entrado el siglo XVIII el hombre-lobo fue casi tan perseguido como las brujas, y casi siempre en relación con procesos de hechicería. El siglo XVI, en especial en Europa, fue la edad de oro de las transfor-

maciones lobunas y los numerosos procesos que tuvieron lugar, todos ellos culminados con condenas explícitas y categóricas, prueban la generalización de tal creencia. La búsqueda y captura de estos seres legendarios daba lugar con frecuencia a grandes batidas en las que participaban todos los habitantes de los alrededores del campo de operaciones en que solía actuar el licántropo. Los procesos fueron igual de espectaculares que los de brujería y levantaron una verdadera disputa científica que trató de justificar las desorbitadas e infundadas sentencias.

Célebres fueron los casos del francés Gilles Garnier y el alemán Peter Stumpe. El primero, sin duda el más famoso de todos los licántropos históricos, a pesar de ciertas heterodoxias reveladas en el proceso, como la utilización del estrangulamiento para acabar con sus víctimas, o sus actuaciones «poco antes del mediodía» en flagrante contradicción con la naturaleza lobuna del personaje que él mismo reconoció, fue ejecutado en la hoguera en Dole (Francia), a comienzos de 1573, y sus cenizas aventadas.

Más espectacular si cabe fue el proceso de Stumpe, que durante veinticuatro años asoló la pequeña población de Bedburg, próxima a Colonia, sin despertar las sospechas de sus vecinos, que lo tomaban por un probo conciudadano. Convicto de tener un pacto con el demonio mediante el cual se convertía en lobo («forma que armonizaba con su fantasía y su naturaleza, inclinada a la sangre y a la crueldad»^[12]) para perpetrar sus fechorías, fue condenado a la rueda, siendo después decapitado y descuartizado, y más tarde reducidos sus restos a cenizas. Después de la ejecución (en octubre de 1589), su cadáver fue expuesto públicamente, atado a un poste del que colgaba la cabeza en lo más alto, ordenando las autoridades que se erigiera en el mismo sitio un monumento en memoria de las víctimas que sirviera de escarmiento y advertencia contra la licantropía. El Museo Británico conserva un curioso documento de la época, acompañado de impagables grabados sobre los

pormenores de los crímenes y las diferentes fases del suplicio, que constituye un «verdadero discurso declarando la vida condenable y la muerte de un tal Peter Stumpe, un terrible y malvado hechicero, que bajo la forma de lobo cometió numerosos asesinatos, continuando esta doble práctica durante veinticinco años, matando y devorando hombres, mujeres y niños»^[13].

A partir de este caso y hasta por lo menos veinte años después la epidemia de licantropía alcanzó el apogeo de su virulencia. Si en Alemania parece que cedió algo, en Francia se multiplicaron los casos y los procesos lograron cada vez mayor difusión. Uno de los más sonados tuvo lugar en París en 1598. El reo era un sastre de la ciudad de Chálons sur Mame, que, al ser descubiertos en el sótano de su tienda restos humanos, fue acusado de la desaparición de varios niños, a los que supuestamente atraía con golosinas y luego descuartizaba después de abusar de ellos. Sometido a tortura, no sólo admitió su crimen sino que declaró que por las noches se paseaba por los bosques en forma de lobo y atacaba a los aldeanos. Los detalles debieron de ser tan tremendos que el tribunal ordenó que todo el legajo del proceso fuese quemado junto con el reo.

Otros casos también muy difundidos, pese a que por diferentes motivos no terminaron en ejecución, fueron los de Jacques Roulet y Jean Grenier. El primero era un vagabundo que recorría los pueblos en compañía de un hermano y un primo. Su repulsivo y desaliñado aspecto, con larga melena y barba muy poblada y cubierto de harapos, unido a las manchas de sangre en sus manos y a los restos de carne en las uñas, despertaron las sospechas de las autoridades de Caude, población cercana a Angers, donde acababan de encontrar el cadáver de un muchacho desgarrado y mutilado. El 5 de agosto de 1598 confesó que sus padres le habían dedicado al Diablo y que por medio de ungüentos y brebajes podía adoptar la forma de lobo con apetitos bestiales. Aunque fue condenado a muerte, se le conmutó la

pena y en su lugar fue internado en el hospital de Saint Germain, ya que, además de retrasado mental que apenas sabía hablar, era epiléptico. Debido en parte a su corta edad (catorce años) y sobre todo a que el tribunal que le juzgó (en 1603) consideró que sus metamorfosis en lobo eran meras alucinaciones, también se salvó de la hoguera Jean Grenier, pese a jactarse de haber matado y comido a varios niños, además de perros y ovejas. Fue condenado a cadena perpetua e internado en un convento de Burdeos, donde le visitó De Lancre poco antes de morir a los veinte años.

La tremenda especulación a que dieron lugar estos procesos hizo que se multiplicaran los tratados que debatían la existencia de tales seres y estudiaban sus motivaciones. Aparte de las referencias más o menos extensas en los principales textos de los demonólogos, como el mencionado Jean de Wier [Johann Weyer], Jean Bodin (*De la démonomanie des sorciers*, París 1580), Nicholas Remigius [Rémy] (*Damonolatria Libri tres*, Lyon 1595), Martín del Río (*Disquisitionum magicarum*, Lovaina 1599) o Pierre de Lancre (*Tableau de l'inconstance des mauvais anges et démons*, París 1612), a lo largo de los siglos XVI y XVII se publicaron bastantes estudios centrados exclusivamente en la licantropía, que seguían los pasos de otros más antiguos, como la *Topographica Hibernica*, crónica sobre la licantropía en Irlanda escrita en el siglo XII por Giraldus Cambrensis. Entre ellos cabe mencionar: *Die Emeis*, de Geilervon Kaysersberg (Estrasburgo 1517), *De lycanthropia* de Niphanius (París 1578), *Dialogue de la lycanthropie ou transformation des hommes en loups garoux et si telle se peut faire...*, de Claude Prieur de Laval (Lovaina 1596), *Discours de la lycanthropie ou de la transmutation des hommes en loups*, de Sieur de Beauvoys de Chauvincourt (París 1599), *De la lycanthropie, transformation et extase des sorciers, ou les astuces du diable sont mises en evidence...*, de Jean de Nynauld (París 1615), *Des satyres, brutes, monstres et dé-*

mons, de E Hedelin (París 1627), y *De transformatione hominum in bruta*, de Jacob Thomasius (Leipzig 1644).

Se han dado las más diversas interpretaciones para justificar estas transformaciones. Unas son aparentemente involuntarias, como los incubos-súcubos y las posesiones diabólicas, e implican la presencia activa del diablo, que creaba la autosugestión necesaria, y una predisposición especial en la víctima, debida a su estado mental o a alguna enfermedad. Otras son totalmente voluntarias y constituyen el modo ideal de procreación de estos seres. El bestialismo es una de ellas: en la tradición de ciertos magos refinados a la búsqueda de sensaciones nuevas (que, como cuenta De Lancre, transformaban en yeguas a las mujeres que no podían gozar de otra forma), los licántropos experimentaban, al parecer, un placer más intenso en su coito con lobas que con sus compañeras del bello sexo, y ésa era la razón determinante de la transformación. Sin embargo el motivo más habitual, que entra de lleno en los terrenos de la brujería, era el pacto satánico y los consiguientes rituales mágicos en determinadas fechas —noche de Walpurgis o víspera de Todos los Santos— con ingestión de pócimas y ungüentos especiales y la recitación de los adecuados conjuros. Nynauld explica la composición de estos ungüentos, que provocaban ilusiones a la vez objetivas y subjetivas al que se frotaba el cuerpo con ellos después de quitarse la ropa, hasta hacerle imaginar una metamorfosis animal: «ciertas cosas tomadas de un sapo, una serpiente, un erizo, un lobo, un zorro y sangre humana [...] mezcladas con hierbas, raíces y cosas parecidas que tienen la virtud de trastornar y engañar a la imaginación»^[14]. Otras formas incluían también acónito, belladona, cicuta, hojas de álamo, hollín, datura, cincoenrama, opio, mandrágora, beleño, perejil, etc. De las confesiones de los inculpados se desprende que era el mismo diablo en persona quien les facilitaba el ungüento o los brebajes, o incluso algún instrumento mágico que hacía las veces. Como el cinturón de piel de lobo que

Stumpe admitía haberle entregado el demonio (aunque nunca se halló), y que le convertía en lobo al ceñírselo a la cintura, muñecas y tobillos, recuperando la forma humana en cuanto se lo quitaba; o la piel de lobo con idéntica función que Grenier recibió de un caballero vestido de negro, montado en un caballo de igual color, y que al ponérsela le facilitaba la transformación.

En otras ocasiones la causa de la transformación era simplemente el azar. La fatalidad o alguna maldición (de los propios padres o de alguien que los quería mal) solían ser los motivos preferidos por el folklore, y de ahí pasaron a la literatura y sobre todo al cine, que curiosamente se centró casi exclusivamente en uno que desconocía la tradición y más bien parece un préstamo de la mitología del vampirismo: el contagio por mordedura de uno de ellos. Entre estas causas se pueden citar: el beber agua de una charca donde ha bebido un lobo, el haber nacido la noche de Navidad (o de San Juan en algunos sitios, como Extremadura), el tener el pelo rojo (aplicado también, a veces, a los vampiros) o el ser el séptimo varón consecutivo de una familia sin hijas. También se consideraba que existían épocas propicias. En Polonia, por ejemplo, se suponía que la transformación sólo se producía en pleno verano. Sin embargo, según Avicena, y con él coincidía mucha gente en todas las partes del mundo, el tiempo idóneo sería el mes de febrero.

Esta variedad de circunstancias y rasgos específicos según los distintos folklores locales explica las diferentes denominaciones con que se les conoce, que a veces varían incluso dentro de un mismo país. El primitivo término latino *versipellis* pronto cedió paso al bajo latino *gerulfus*, del que proceden el normando *garwall*, que a su vez dio lugar al *werewolf* anglosajón, el *währ-wölfe* alemán, el *garou*^[15] gallo (convertido luego, redundantemente, en el *loup-garou* francés), el *waerulf* danés y el *warulf* sueco. En otros lugares las distintas etimologías dieron lugar a apelativos bien diferentes: el *lupo manaro* italiano, el *lobishome* portugués, el

lukokantzari griego, el *vkodlak* o *vircolac* eslavo, el *priccolitich*, *procolici* o *tricolici* rumano (más bien valaco, y emparentado con el vampiro como el anterior), el armenio *mar-dagail*, etc.

Aunque en España apenas hay constancia de procesos contra licántropos, la creencia alcanzó bastante difusión en el norte y occidente peninsular, sobre todo en Galicia (*lobishome*), Extremadura (*lobisome* o *mbisome*), Asturias (*llobusome*) y la provincia de Huelva (*lobisóri*), es decir, las zonas que lindan con Portugal. En el Archivo Regional del Reino de Galicia, de La Coruña, se conserva el legajo con los documentos judiciales del más célebre caso de licantropía ocurrido en la península, el llamado «Proceso del hombre-lobo», que terminó con la condena a garrote vil de Manuel Blanco Romasanta, luego indultado por Isabel II, aunque falleció poco después en una prisión. Apodado el «lobo de Roberdechao», porque vivió en esa localidad orensana de la comarca del Bollo a mediados del siglo XIX, Blanco confesó haber dado muerte a varios niños, imbuido por una extraña fuerza que anulaba su personalidad y le hacía creerse lobo. El juicio causó sensación en toda Galicia y en el resto de España, llegando hasta nuestros días gracias al cine, aunque la versión cinematográfica (*El bosque del lobo*, 1971) se ciñe en demasía a la novela de Martínez Barbeitio *El bosque de Ancines*, que trata de interpretar el caso en clave realista y desmitificadora.

El *guizotso* del País Vasco habita en parajes selváticos y a veces aparece cargado de cadenas, y aunque —como refiere Julio Caro Baraja— etimológicamente es un licántropo (*guizón* = hombre; *otso* = lobo), está también emparentado con el *basajaun*, «señor salvaje» o «señor de la selva» que habita en lo más recóndito de los bosques y presenta forma humana aunque cubierto de pelo («su larga cabellera le cae por delante hasta las rodillas, cubriendo el rostro, el pecho y el vientre»^[16]), atemorizando unas veces a los pastores,

llevándose su ganado y probando su cuajada y sus quesos, y actuando otras como genio protector del rebaño contra el ataque de los lobos. En esta función recuerda a otro personaje próximo al hombre-lobo y de mucha más raigambre en toda la península ibérica: el *lobero* o *ensalmador*, persona especialmente dotada para hacerse obedecer por los lobos (facultad supuestamente vinculada a algún pacto satánico), que recorría los campos ofreciendo protección contra ellos a los pastores a cambio de comida y alojamiento. Es el equivalente del *peeiro dos lobos*, que todavía perdura en el folklore gallego, o el *menear de loups* francés que Dumas eligió como protagonista de su novela campestre de igual título (1857) y George Sand evocó en sus *Légendes rustiques* (1858), admirablemente ilustradas por su hijo Maurice.

A partir del siglo XIX estas creencias sobrevivieron y cobraron nueva forma en la literatura, que no obstante ya había dado en pleno medievo algunas muestras aisladas de interesarse vivamente por la licantropía (considerada entonces como un fenómeno natural), como el *Lai de Bisclavaret* (siglo XII) de María de Francia, o el anónimo *Guillaume et le loup-garou* (siglo XIII), *Bisclavaret* o *Bisclaveret* (de *beiz-garv* = lobo malvado) es como llaman los bretones al hombre-lobo, que, según las leyendas, ataca a los caballos de los cazadores para atemorizarlos. Y, en efecto, en el *lais* del mismo nombre^[17] el protagonista es uno de ellos, aunque al estar inserto en el marco de una literatura eminentemente «cortés» pierde su carácter dañino y se convierte en un caballero que vive en la corte sin hacer mal a nadie, excepto a sus enemigos, en este caso su esposa infiel y su pérfido amante, los cuales tratan a toda costa de desembarazarse de él, y esconden sus ropas para impedir que recobre su forma humana. Un día el rey hiere a un lobo en el bosque pero éste le lame un pie, por lo que se lo lleva a su castillo, sin saber que se trata del mismo caballero, cuya desapari-